

6

Las capacidades constructivas

Hablamos ayer de pensar en deconstruir muchas cosas, no solamente lo que abordamos aquí sino todo lo que sea enajenante, lo que lastime, lo que destruya nuestro patrimonio o a las personas. Pero la otra parte del fenómeno de nuestra participación implica, además de deconstruir, remontar y adquirir capacidades constructivas. Hoy me quiero referir a ese tema y abordar en qué consisten la ética y la política alternativa.

Muchas hemos vivido construyendo opciones e inventándonos el mundo a veces con ideologías destructivistas. En un congreso íbamos a destruir a todos los políticos que no sirven y hacer una limpieza colectiva desde México para abajo a ver si se compone la cosa. A veces tenemos ese tipo de fantasías que forman parte de ciertas ideologías. Por ejemplo, muchas veces no se trata solamente de oponerse al orden social sino que algunas personas piensan que hay que destruirlo. Lo que yo les propongo no tiene que ver con eso sino con la creación de alternativas.

En los liderazgos de mujeres la ética para crear alternativas pasa por tener varias capacidades. Ayer mencioné que los ámbitos de los liderazgos van desde los espacios de relación cercana y personal hasta los espacios públicos, privados, de instituciones domésticas. En todos los sitios y en todas las relaciones humanas hay liderazgos. Pero, ¿Qué es el liderazgo? Teóricamente es un conjunto de capacidades. Una de las más importantes es la sensibilidad intelectual y afectiva para captar las necesidades de las personas y de los grupos.

Por formación tradicional de género las mujeres tenemos un enorme desarrollo subjetivo en torno a esta capacidad. Hemos sido adiestradas para darnos cuenta de las necesidades ajenas. Hemos sido educadas tradicionalmente, por ejemplo, para ser mamás; esa es una de las funciones en los roles tradicionales de las mujeres. La maternidad entre otras cosas, tiene como una de sus experiencias constantes y permanentes, la detección de necesidades y la segunda parte de la maternidad se refiere a la satisfacción de esas necesidades.

Entonces, fíjense qué interesante, en nuestros liderazgos necesitaríamos resignificar estas capacidades tradicionales que se relacionan con la detección de necesidades en otras personas porque son fundamentales para esos liderazgos que queremos. Lo que ya no nos sirve en los liderazgos democráticos y modernos es que seamos nosotras las encargadas directas de satisfacer esas necesidades. Este es un cambio que debemos hacer porque estamos tan automatizadas y mecanizadas para actuar que cuando detectamos la necesidad ya estamos buscando como satisfacerla.

Los nuevos liderazgos de las mujeres pasan por construir conjuntamente con las personas y los grupos las capacidades de satisfacción de sus necesidades. Como contemporáneas y modernas debemos aprender a desarrollar esto; que no se nos haga fácil sustituir a las personas en la satisfacción de sus necesidades.

Los liderazgos deben poseer una capacidad política muy importante, representar y abogar por los intereses sociales, colectivos e individuales. Pueden ser intereses de otras personas pero si queremos liderar esos procesos, debemos tener la capacidad de representar sus intereses. En la cultura más tradicional a las mujeres se nos acepta y casi se nos exige que representemos los intereses de otras personas, que seamos portavoces y ser portadoras de esos intereses, que hablemos por otros y otras. Eso forma parte de la construcción tradicional de las madres-esposas que en los ámbitos de la vida privada tenemos la función social y política de representar los intereses de la pareja, los de la familia, los de los hijos y las hijas; pero además, en la sociedad muchas mujeres tradicionales tenemos como función representar los intereses de los hombres aún en su ausencia y hacerlos presentes en cualquier ámbito y espacio, trayendo a colación sus intereses, sus necesidades y su visión del mundo y de la vida.

Aprender a representar los propios intereses y con liderazgos universales

Las mujeres hemos desarrollado esta capacidad, pero la ruptura que debemos hacer es aprender a representar intereses afines a nosotras. Aprender a representar sólo aquellos intereses que sean afines a nuestras convicciones y desde luego, que concuerden con nuestras necesidades y nuestros intereses. Ese es un cambio político importante desde la perspectiva de género en las mujeres y también una clave importante de los liderazgos de nuevo tipo y consiste en que las mujeres no sean objeto de las necesidades y los intereses de los otros, sino que al liderar, expresemos las necesidades e intereses propios.

La representación simbólica, por su parte, se trata de hacer un cambio en la cultura y en las tradiciones que están muy asentadas en nuestros países. Romper la idea de que las mujeres no podemos representar intereses colectivos. En nuestros países, aunque han habido lideresas muy importantes, incluso presidentas, la mayoría de ellas no ha tenido el reconocimiento social para hacer liderazgos universales, es decir, liderazgos de mujeres y de hombres, de instituciones. Las instituciones no reconocen liderazgos de las mujeres o liderazgos en otros espacios. Entonces, como parte de la ciudadanía, tenemos que construir la capacidad de representación universal de las mujeres, algo que todavía no es una costumbre y tampoco forma parte de la cultura.

Para que los liderazgos sean universales tienen que ocurrir en los espacios fundamentales y prioritarios de la política, no en los espacios marginales. En todo el mundo se desarrollan programas para construir liderazgos a nivel ejecutivo, a nivel directivo importante. También existen plataformas políticas para lograr que las mujeres tengamos acceso a los niveles y posiciones jerárquicas de mayor relevancia; hay liderazgos de base y medios, pero no hay suficientes liderazgos en

los espacios de toma de decisiones fundamentales en el estado, en la sociedad civil, en las instituciones religiosas, judiciales y de otro tipo. Por lo tanto, la capacidad de representación es un punto clave para lograr que la gente sienta que puede votar por mujeres en un proceso electoral y que no le va a pasar nada malo, que su proyecto, su propuesta o su movimiento no se van a ir a la calle. Cuando logremos esto habremos dado un paso importante en la construcción política de una fuerza del género en las instituciones y los espacios de poder.

Los liderazgos también deben tener la capacidad de nombrar, de ponerle nombre a las cosas. Quienes lideran a veces le ponen nombre a la experiencia social y humana, a los anhelos y necesidades basándose en libros milenarios. Vemos repetir frases del Corán, de la Biblia o citas de autores importantes en todo el mundo. Eso no es más que tomar un discurso convalidado para nombrar las necesidades de otras personas. Es aprender de discursos ya elaborados. Las mujeres hemos hecho eso muchas veces, pero una clave de los liderazgos actuales de las mujeres ha sido nombrar de otra forma las cosas porque los nombres tradicionales ya no nos sirven. Hemos tenido que inventar interpretaciones, discursos y teorías nuevas para nombrar las necesidades y la experiencia social. Por ejemplo, muchas de las que estamos aquí tuvimos que aprender sobre la categoría y la perspectiva de género, y hemos realizado una alfabetización continental para que la gente pueda entender esos discursos. Le pusimos nombre a un conjunto de experiencias que no habían sido nombradas y tuvimos que decirlo, explicarlo, capacitar y sensibilizar sobre eso. Queremos que todo lo que hacemos a través de nuestros proyectos, nuestras acciones políticas y nuestros liderazgos sea el discurso contemporáneo más generalizado en el mundo, el discurso de género. Que se repita en Japón, Indonesia, Chile, Estados Unidos, Nicaragua y que se repita por mucho tiempo.

Adquirir capacidad argumentativa

Regresando a la idea, diré que liderar consiste en tener discurso, conocimientos y argumentos sólidos porque tenemos que explicar doblemente las cosas, porque somos escuchadas con descrédito. Los liderazgos de las mujeres contemporáneas requieren capacidad argumental, confianza en lo que estamos diciendo para poderlo transmitir a otras personas. Necesitamos tener seguridad en lo que decimos como nunca antes. Tener pruebas, ideas, ideologías y saber cosas concretas, por ejemplo cuántos millones de mujeres pobres hay en América Latina. Ese es un dato que debemos decir y mostrarlo con cifras, pero también y a nivel del discurso moderno debemos discutir, con quienes toman las decisiones sobre recursos, que las mujeres no tenemos. Esa es una laguna, un vacío político muy grande debido a la exclusión de las mujeres en el saber. Por eso para nosotras es fundamental su inclusión en los conocimientos de este tipo, en éstos que son indispensables para acceder a los espacios de toma de decisiones, para acceder a los recursos del mundo y de la vida; no otro tipo de conocimiento.

Aun más, necesitamos tener lenguajes diversos porque los liderazgos de las mujeres cambian de espacios muy rápidamente y nuestros lenguajes nos deben permitir trabajar entre mujeres analfabetas y traducir significados. En ese sentido, los liderazgos contemporáneos requieren de la capacidad de traducir a un lenguaje

cotidiano desde las complejas teorías de desarrollo económico hasta los complicados temas de la salud; y ese lenguaje debe tener como característica ser inmediato y comprensible para las personas con las que trabajamos. No se trata de perder categorías, sino ser capaces de traducir. Tenemos que desarrollar entre nosotras la generosidad intelectual, no pensar que mis ideas son mías y me las guardo. Las mujeres no avanzamos porque reproducimos lo que han hecho los hombres. Mantener a unos cuantos con el saber y al resto en la ignorancia para decirles cómo es el mundo. Nosotras lo que queremos es que todas tengamos recursos interpretativos sobre lo que nos sucede.

Necesitamos disponernos a la comunicación, porque es una capacidad sumamente importante y porque nos cuesta trabajo, sobre todo a quienes han sumado experiencias de daño, discriminación o exclusión. La comunicación tiene que ver con la posibilidad de decir, de afirmar, de colocar nuestras necesidades en sitio legítimo. Quien no se siente legítima no puede comunicar, quien no se siente autorizada tampoco puede hacerlo.

Por eso hacemos tantos esfuerzos para reparar la autoestima de las mujeres. Es una prioridad para los liderazgos: reparar y desarrollar, no solamente poner curas y parches como Mafalda. Muchas mujeres somos sobrevivientes de experiencias sociales, políticas, militares, de experiencias personales muy difíciles. Eso no es victimizarnos sino reconocer de dónde venimos y por qué estamos aquí. Por eso debemos lograr comunicarnos con otras personas, reconocer ese estado y avanzar sobre él.

La timidez es el resultado de las averías vitales en la vida, de no haber sido autorizadas, de haber sido excluidas, dañadas y que toda la vida nos callaron, nos impidieron hablar, nos dijeron que no sabíamos y que no podíamos. Igualmente, la timidez expresa la impotencia de género y de clase; por lo tanto, dejar de serlo implica un esfuerzo importante, significativo y valioso para nosotras.

Atender el daño es una clave política y una necesidad para construir liderazgos afirmativos, para que las mujeres que puedan salir, expresar y representar sus necesidades y las necesidades de otras, además de tener intereses políticos, puedan defenderlos y defenderse a sí mismas.

Adquirir capacidad de defensa propia

También queremos desarrollar en las mujeres la capacidad de defensa de sí mismas. Se vale ser osadas pero no ponerse en riesgo y hacer cosas temerarias; porque sin osadía no llegamos a la vuelta de la esquina, no nos levantaríamos de la cama a vivir cada día. Se trata de tener una especie de equilibrio entre ser osadas y al mismo tiempo no ser temerarias. Ser temeraria significa no medir el peligro y arriesgarse, ser insensible al miedo, sentirse omnipotente y exponerse; en algunos casos eso conduce incluso a provocarse daños. Ser temeraria es actuar como que no te fuera a pasar nada con lo que haces.

Muchas mujeres en la cultura política heroica hemos sido temerarias, pero en los nuevos liderazgos tenemos que cuidar la preciosa vida de cada mujer. Para nosotras

la vida de cada mujer es un valor en sí mismo y no estamos para arriesgar vidas. Esa es una clave ética muy distinta a las que hemos recibido tanto por la formación de género tradicional como por la formación política de avanzada que ha prevalecido en nuestras tierras durante mucho tiempo.

La medida entre ser temeraria y osada es muy clara cuando la persona se cuida a sí misma en el proceso de liderazgo, cuando se protege y cuida su desarrollo. Si descuida su salud o su estabilidad vital, está siendo temeraria. Los parámetros actuales son otros porque en el centro de la perspectiva de género está la calidad de vida de las mujeres. Entonces todos nuestros valores cambian si el objetivo es lograr esa calidad de vida. Y obviamente, tenemos que empezar por nosotras. Ya no podemos seguir liderando como se hace tradicionalmente, sin importar cómo está quien lidera sino que lo importante es el resto. No, hoy importamos cada una de nosotras. Ese es el mensaje político de los nuevos liderazgos. Lo que tenemos en el centro es la preciosa vida de las mujeres, su estado de vida, su condición de desarrollo, su salud, sus perspectivas, su horizonte, y ponerlo en riesgo es atentar contra la perspectiva política que estamos tratando de impulsar.

Liderar también tiene otra característica, que es la capacidad de inventar. Quien no inventa no puede liderar y para inventar tenemos que vencer la impotencia aprendida, la impotencia política inoculada en las mujeres para que no podamos, para que estemos quietas, para que no se nos ocurra nada, para que no nos atrevamos. Necesitamos vencer esa impotencia, pero también la omnipotencia que también es parte de la relación convencional de las mujeres y consiste en creer que podemos con todo sin medir nuestras fuerzas y las de las personas, del movimiento, de la organización. Eso nos puede conducir a un riesgo por exceso.

Muchas lideresas aun no tienen compromiso político de género por muchas razones, pero parte de nuestra agenda política actual es fomentar y desarrollar ese tipo de compromiso de género. Pero, ¿En qué consiste?. Diré que es simple y complicado a la vez. Es comprometernos explícitamente, que se sepa, que se diga, que se enuncie, que salga a la luz, para luchar a favor de transformar las relaciones de género.

Y este compromiso debe ser una clave para nosotras en cuanto al liderazgo de otras mujeres. Eso quiere decir, por ejemplo, que para aceptar el liderazgo de una dirigente debería ser un requisito que ella tenga un compromiso de género, y no aceptar liderazgos sólo porque sí. Debemos condicionar los liderazgos y poner como parte de nuestro ejercicio político el compromiso de género haciéndolo saber a las demás personas. Este es un aspecto muy importante no solamente desde el punto de vista ideológico, sino en acciones concretas, en hechos, en las relaciones puntuales de cada día y en las propuestas.

Aprender a disentir

Otra clave fundamental es que necesitamos aprender a ser disidentes y no oponentes. La disidencia es una expresión democrática, pero tradicionalmente estamos acostumbradas a hacer oposición y a ver como oposición a todos aquellos

que no piensan igual que nosotras. Bueno, se trata de salir de este esquema y asumir una disidencia importante como género. Disentir de aquello que nos oprime, de los poderes depredadores, de las formas autoritarias y antidemocráticas del poder.

La disidencia de género de las mujeres es un proceso de toma de conciencia que todas hemos experimentado. A veces se inicia como un malestar o una incomodidad porque nos pasan cosas como mujeres. Muchas de nosotras podemos recordar cuando empezamos sentir esos malestares de género, si a lo mejor fue toda la vida o nada más en ciertos momentos, ciertos hitos, ciertas relaciones o ciertas experiencias. Pero, pasar del malestar a identificar de qué se trata, eso es aprender a disentir. No solamente saber que algo me incomoda, que me siento mal y que sufro, sino que eso tiene explicaciones y un sentido que no acepto. Este proceso desarrolla en cada mujer la no aceptación al rechazo, a la opresión personal, a aquello que la daña, y tiene la característica de ser un proceso vital al interior de cada una.

El segundo paso en la disidencia es sentir que una desentona con situaciones, personas, costumbres, tradiciones, mentalidades, con cosas que a lo mejor ayer parecían maravillosas y hoy ya no; con el humor, hasta con las canciones, las películas. Desentona con su mundo más cercano, más importante y más entrañable. Las crisis de disidencia en las mujeres se expresan sobre todo en las relaciones más cercanas. En otras palabras, las crisis de disidencia de género se viven con una gran intensidad y se expresan muy duramente con las personas más cercanas. Ahí se da la conciencia de que algo está mal, que no gusta, que no funciona o que no se quiere con los familiares, las parejas, los hijos, las hijas, las amigas, los amigos, los dirigentes más queridos.

La crisis disidente de las mujeres siempre es una crisis personal, pero a veces nos quedamos encerradas y no sabemos qué hacer con ella; entonces, debemos dar el paso del encuentro entre mujeres para que tenga sentido, para que pueda politizarse y no quedarse en la conciencia como un problema personal de equívoco, de mala suerte, o como decía Simone de Beauvoir, por “la fuerza de las cosas”. No se trata de eso, sino de complejas fuerzas sociales que podemos intervenir y modificar. Disentir es aprender a desentonar y no sentirse mal por ello.

Pero desentonar pasa por desarrollar el orgullo de género, de ser diferente, de no corresponder con las normas, de no corresponder con los valores hegemónicos, de no ser afín a eso que finalmente nos lastima y nos destruye. Pasar de desentonar mal a desentonar muy bien es un tema que a veces produce mucho sufrimiento en mujeres que se sienten diferentes, que no encajan con nadie, que no encajan con su grupo de amistades, con su colegas, sus compañeras, que en sus familias no pueden hablar de estas cosas porque “ya va a empezar con lo de los derechos de las humanas”. Muchas de nosotras en ese trance podemos ser cooptadas. Por lo tanto, para desentonar bien tenemos que sintonizar mejor con otras mujeres que están en nuestro mismo trance. Tenemos que buscar afinidad con las personas que viven ese desentone, que son diferentes, que buscan alternativas, que creen en otras cosas, que tiene otros valores; y entonces, tenemos que andar con el radar puesto todo el día a ver dónde están esas personas valiosas. Las lideresas deben de

tener doble radar. Una cualidad importante del liderazgo es poder detectar en los ámbitos donde estemos con quienes podemos sintonizar.

Ahora bien, la sintonía del género nunca es total. Eso quiere decir que no busquemos afinidades totales. No busquemos seguimiento ciego como en los liderazgos tradicionales, no busquemos creencias dogmáticas. La sintonía entre nosotras es siempre parcial porque nuestra cultura feminista no es una religión. Es un espacio simbólico práctico-político de vida que siempre está en proceso, en construcción. Por eso no puede ser dogmático y no podemos pretender que la gente crea todo lo que decimos. Puede estar de acuerdo en un aspecto y no estarlo en otro.

Los nuevos liderazgos de las mujeres tienen que desarrollar una enorme capacidad para el acuerdo parcial sin dar ni exigir una confianza de fe a nadie. Luego, como las agendas políticas en la perspectiva de género tiene que ver con las agendas políticas de otros sujetos sociales o de otros temas, están entreveradas con las plataformas políticas más impresionantes. Es absurdo pretender que cada persona esté de acuerdo en todo. Entonces una clave de los nuevos liderazgos es asumir liderazgos críticos y conscientes. Los procesos políticos obviamente no pueden ser de incondicionalidad. Tienen que ser democráticos, con discusión, discrepancia y propuesta.

Aprender a discrepar con respeto a la integridad de las personas, democráticamente, sin hostilidad, sin beligerancia y hasta sin mal humor es otra capacidad constructiva. Si queremos comunicarnos entonces no pongamos cara de ogresas. Hay que guardar esas caras para momentos claves de la vida, para usarlas cuando sean necesarias, pero no para la construcción de alternativas con nuestras congéneres. Aquí estamos tratando de construir un espacio de confiabilidad entre nosotras.

La confianza entre nosotras es un objetivo, un punto de partida, y también es una clave ética; necesitamos disentir con elegancia. La elegancia es un recurso de los nuevos liderazgos en las mujeres; en otros momentos hemos tenido el recurso del desparpajo porque estábamos objetando las normas, pero nosotras somos objetoras de unas normas y constructoras de otras nuevas. No somos antinormas, estamos por normas que mejoren la vida.

Aprender a resistir, rebelarse y transgredir

Encuentro cuatro posiciones políticas de la disidencia, las voy a enunciar así. Son esquemáticas aunque coexisten permanentemente y a veces son procesos sucesivos. La primera clave es aprender a resistir como una experiencia política de género. En los liderazgos tenemos que aprender a diferenciar cuándo los movimientos y los procesos personales son de resistencia y cuándo no; y en la pedagogía del liderazgo tenemos que impulsar en otras mujeres el aprendizaje de la resistencia y potenciarlo, porque muchas mujeres hemos sido resistentes sin participar en una propuesta política de género. Entonces, resistir es una experiencia cuando no se tienen recursos para otra cosa. Cuando no se pueden cambiar las cosas del todo, la resistencia es el inicio de un cambio. Tenemos que hacer la ética de la resistencia

en cada mujer. Me resisto a ser golpeada, me resisto a ser lastimada, a asumir una carga más de trabajo, a hacer algo por otra persona, si antes no hice algo por mí. Ese conjunto de experiencias de resistencia es una base política muy sólida para cualquier transformación y puede provocar cambios cualitativos en la vida de las mujeres.

Otra experiencia política es la subversión de género. Aprender a ser subversivas o potenciar las habilidades subversivas en los movimientos, las organizaciones y los procesos. La subversión implica salirse de los mandatos y emprender acciones para cambiar las cosas, modificar las relaciones, etc. Esta ha sido una experiencia política de muchos grupos sociales y muchos procesos políticos. Puede ser útil en un proceso inicial y siempre acaba siendo una inversión. Se subvierten las normas, pero como se sigue pensando tradicionalmente solamente se invierten, entonces la más subversiva acaba colocada haciendo exactamente lo contrario, o haciendo lo que no quería.

La subversión es binaria, corresponde con el pensamiento en que si no es azul, es rojo; si no es bueno, es malo; si dices que no haga esto, hago lo contrario. Podemos prever los resultados de la subversión porque sus códigos están en el mismo orden político. Es la política de la contrariedad antagónica. Por ejemplo, para hablar de procesos, la subversión es típica de personas adolescentes, de mujeres y hombres adolescentes que si se les dice que tienen que estar a las nueve de la noche en su casa porque es peligroso que estén en la calle, entonces llegan a la nueve y diez, para no estar a las nueve. Aquí el tema es solo brincar la tranca, oponerse a la norma y hacer algo contrario. La subversión también puede conducir a acciones temerarias, dañinas y peligrosas en algunas mujeres. Si se trata de vivir en estricta castidad, fidelidad, monogamia y por brincarte la tranca decides que necesitas romper la castidad, entonces lo temerario es que no importa con quién, no importa cómo, no importa el riesgo, no importa si la otra persona vale la pena, no importa nada. A lo mejor te consigues un embarazo o una enfermedad infecciosa o alguna cosa, pero hubo una subversión de la norma de la fidelidad, de la castidad o de la monogamia.

Muchas mujeres adolescentes subvirtiendo las normas de monogamia, castidad y todas las prohibiciones sexuales de la edad, más un poco de calenturas propias de la edad, subvierten la norma. A causa de eso en mi país tenemos 500 mil embarazos adolescentes cada año, con instituciones nacionales de salud que cubren todo el territorio nacional, con programas de prevención del embarazo adolescente desde hace 10 años. En parte ése es el oprobio de las normas, de la prohibición. También es en parte una necesidad justiciera, pero no hay cuidado de la persona, de la trascendencia que el hecho puede tener en su vida, eso es lo subversivo. La subversión siempre tiene como techo ideológico el paraíso, visiones fantásticas idealizadas. En el caso del embarazo adolescente, es el recurso de ser transportada al paraíso en un instante, sin escalas; en otros casos, las cuentas son mucho más complicadas.

Necesitamos eliminar la subversión como recurso de la experiencia política de las mujeres porque está basada en una concepción falsa de las cosas, porque pone en riesgo a las personas, a sus movimientos y porque es una falsa promesa. Como



lideresas comprometidas no podemos prometer el cielo a nadie. No podemos seguirle diciendo a nadie que si se esfuerza va a conseguir maravillas, no podemos hacer liderazgos mentirosos o idealistas. Tenemos que desarrollar cada vez más un principio realista, que esté cercano a la experiencia, que sea posible. Después no sabemos, no podemos decir lo que va a pasar. A veces, a mí me preguntan cuándo se va a acabar la opresión de género. Eso no lo sé. Puede ser que ni se acabe. Es duro pero no creo en ese fatalismo de felicidad y paraíso. Para nosotras las cosas están muy difíciles pero es posible avanzar uno, dos y tres pasos, y si coinciden una serie de factores eso nos puede conducir a conseguir algunas cosas.

Nuestra propuesta política es una propuesta real. Las utopías feministas tienen que ser tópicas. Tienen que aterrizarse cada día, no son para el milenio que viene, son para hoy. La rebeldía también es parte de la subversión y es la capacidad de rebelarse ante un orden injusto. Tiene que ver mucho con la ética porque tiene detrás un anhelo de justicia. Me parece que no es necesario explicarlo mucho pero es muy importante que fomentemos y desarrollemos la capacidad de rebeldía de las mujeres o potenciar la que ya traemos; las mujeres nos hemos rebelado a muchas cosas y nos rebelaremos a muchas más con pies de plomo.

Finalmente, un proceso político más complejo es el de ser transgresoras. En la transgresión ya no se está dentro del orden establecido sino en otro paradigma, en otra propuesta, en una alternativa diferente. Para ser transgresoras debemos tener una visión filosófica compleja, una visión analítica de presente, tener una ética, y estrategias políticas claras.

La transgresión es una experiencia compleja en la política. No es que somos transgresoras porque nos oponemos a algo. La transgresión es una plataforma política y filosófica y solamente quien está en ella es transgresora. Sólo quien no está afiliada al orden entonces puede ser transgresora. Muchas mujeres no son transgresoras aun queriendo mejorar las condiciones de vida de las mujeres y se dan de topes todos los días porque tienen una visión del mundo que no corresponde con su anhelo de cambio. Para ser transgresoras necesitamos tener una visión del mundo que corresponda con esos cambios que queremos.

Desarrollar liderazgos justos y eficientes

Otra característica de los liderazgos nuestros es la ética de la justicia. La mayor parte de las mujeres nos movilizamos porque tenemos necesidades urgentes. Henrietta Moore las ha llamado necesidades básicas. Pero las mujeres no solamente tenemos necesidades básicas que en muchas ocasiones también son de la comunidad o de otras personas; las mujeres también tenemos anhelos de justicia muy grandes, y la gran pregunta es: ¿Por qué el mundo es injusto? ¿Por qué me pasan estas cosas?. Detrás de esas preguntas sin respuesta, muchas veces se encuentra un profundo anhelo de justicia; entonces, los nuevos liderazgos de la mujeres necesitan tener una definición justa, necesitan ser prácticamente justos. No se valen los liderazgos injustos entre nosotras. Resolver en cada acción práctica algún anhelo de justicia es otra clave política importante. Cada acción práctica necesita ser el vehículo para la solución de un nudo de injusticia vital en la

experiencia personal de cada mujer, en la experiencia colectiva, o en la experiencia social de los liderazgos.

Responder a los anhelos de justicia implica saber qué significa lo justo, qué es lo justo y qué es lo injusto. Muchas mujeres creemos todavía que lo justo es el punto medio, Influidas por la lógica aristotélica y porque tenemos una visión idealizada de las cosas, todavía creemos que lo justo es lo armónico, lo equilibrado. Necesitamos saber que lo justo es aquello que elimina la opresión. Luego, otra clave es el trato justo a las mujeres con todo lo que ya mencionamos. Un trato no discriminatorio, de respeto y que apoye la dignidad de las mujeres, de la lideresa, de los grupos o de las organizaciones.

Por otra parte, nuestros liderazgos tienen que ser eficientes en el sentido moderno del término. Las mujeres buscamos solución a muchas cosas y algunas veces nos comprometemos en procesos que acaban defraudándonos, que no resuelven o no proponen cosas adecuadas para lo que necesitamos. Entonces, tenemos que ser muy eficientes y profesionales en lo que hacemos. El profesionalismo, la eficiencia, el cumplimiento y la adecuación son características de los liderazgos individuales o colectivos. Las organizaciones y las instituciones gubernamentales necesitan ser eficientes en lo que se proponen hacer para las mujeres. Las más eficientes de todas necesitan ser las que trabajan directamente con las mujeres. Todas las que estamos en distintos espacios tenemos un compromiso ético de eficiencia en el desempeño, y no se vale decir siempre que no se pudo, que no había, que faltó. Lo que se vale para que haya eficiencia es asumir solamente las responsabilidades para las que podemos hacernos cargo.

En los liderazgos hay que tener tiempo para atender con calidad a las personas, de la misma forma como cuando vamos a un servicio de salud y queremos una atención confiable, profesional y de buena calidad. En el caso de los liderazgos de las mujeres también queremos una alta calidad en la atención. Esto es algo que se descuida mucho y no se toma en cuenta, pero cuando se hace los liderazgos femeninos llegan a tener un gran arraigo social. La gente siente que le hacen caso, la atienden, la escuchan. Los liderazgos también son terapéuticos, a veces lo que las personas necesitan es ser escuchadas, y si las que lideramos no lo hacemos, estaríamos totalmente incomunicadas con las personas.

Los liderazgos también deben tener capacidad para la observación. Tomar en cuenta todos los detalles de lo que pasa, lo que está en el ambiente y no se dice, interpretando permanentemente lo que ocurre aunque las personas no lo digan. También deben tener una gran capacidad analítica, saber analizar para proponernos por lo menos hipótesis, a lo mejor no sabemos qué va a pasar pero podemos adelantar dos o tres opciones posibles. En política de planificación eso se llama hacer prospectiva. Y los liderazgos tienen que hacer prospectiva. Todas las acciones tienen que verse como continuación en el futuro y saber qué puede pasar en una hipótesis, porque si no, tendremos liderazgos temerarios que no consideran como va a impactar eso. Así que debemos tener visión de impacto, de futuro y cómo se mueven las otras fuerzas con las que estamos interactuando. En otras palabras, las lideresas debemos tener capacidad de análisis político no solamente en la problemática específica sino en el cuadro político en el que nos movemos.

Desarrollar liderazgos incluyentes y convocantes

Como parte del análisis político también es importante tener la capacidad de sumar, tener liderazgos incluyentes y de ampliación. No queremos lideresas excluyentes que van a restar hasta quedarse solas. Por eso es importante que desarrollemos una conciencia y una sintonía muy grandes, y eso solamente lo podemos hacer si tenemos una ética política de convergencia. Debemos buscar a las personas con quienes coincidimos para hacer convergencias políticas, ya no se trata de tener simplemente sintonía de género sino también con otros intereses, fuerzas e instituciones que no necesariamente están abocados a hacer avanzar a las mujeres, que tienen otras agendas políticas, pero con quienes podemos encontrar puntos de confluencia. Lo mismo puedo decir para los movimientos de mujeres. Debemos buscar la convergencia entre organizaciones, grupos y corrientes diversas porque hay puntos posibles de convergencia.

A veces en los procesos políticos no hacemos convergencia para afirmarnos, nos distanciamos, nos separamos y cada quien va por su cuenta. Necesitamos incluir como parte de nuestra ética política la búsqueda constante de la convergencia entre mujeres de movimientos, organizaciones, personalidades, grupos e instituciones. Una voluntad renovada cada día para ampliar la convergencia, la forma en que sumamos y convocamos. Esa es otra cualidad de los liderazgos que queremos.

La capacidad de convocatoria implica estar muy conscientes de las susceptibilidades porque no podemos convocar sustituyendo liderazgos o colocándonos en una jerarquía de superioridad del resto de las organizaciones o de las mujeres. Tenemos que aprender a convocar democráticamente porque si no, nuestros liderazgos son aplastantes. Por eso los dos principios más importantes de la convocatoria son: la capacidad incluyente y la búsqueda de la horizontalidad en los liderazgos donde confluyen fuerzas y organizaciones. Tenemos que aprender a pensar desjerarquizando la estructura política de cualquier cosa que creemos, sea un movimiento, un frente, un colectivo, lo que sea; necesitamos pensar de manera horizontal porque para hacer convergencia tenemos que hacer paridades; tenemos que considerar la paridad entre organizaciones semejantes o entre personalidades semejantes como un recurso político. Con eso podemos evitar muchos conflictos de convocatoria y de participación entre nosotras. Sé que cuesta trabajo pero tenemos que pensarlo. Las veces que lo hemos hecho logramos también grandes y muy amplias convergencias.

Practicar una ética de convivencia

Otro elemento para los liderazgos es la tolerancia. Espero que algún día ya no pretendamos ser tolerantes pues es un principio ético de comportamiento entre personas, grupos o corrientes sectarias. En una situación de esa naturaleza no es lo óptimo, es lo posible. Llamamos tolerancia al principio de acercamiento entre quienes tienen hostilidad, entre quienes se descalifican. También es un proceso de ir aprendiendo a compartir y eliminar la hostilidad que nos produce la discrepancia. La tolerancia es un ejercicio de respeto y para las lideresas políticas implica aprender a respetar las diferencias políticas e ideológicas y buscar aún ahí la posibilidad de

convergencia. La tolerancia no significa que nos aguantemos. Es la búsqueda de procesos comunes, aspectos compartidos entre quienes tienen situaciones sectarias.

Algún día, cuando tengamos una cultura democrática en realidad, ya no convocaremos a la tolerancia, habremos pasado a otro nivel compartiendo de otra manera las discrepancias. Mientras tanto, es cómo amarrarnos las manos y buscar la convergencia en la discrepancia. Entonces, la clave de la tolerancia es aprender a no ser hostiles con las diferentes posiciones políticas. Otra cosa es discrepar y no estar de acuerdo, y decirlo con firmeza, pero la tolerancia es un principio de acercamiento en la búsqueda de alternativas. Inclusión, horizontalidad y tolerancia para construir la convergencia, para la búsqueda de los mínimos y no de los máximos.

Un punto clave y positivo de los liderazgos es el reconocimiento de la diversidad. Este es un valor que ha costado muchos muertos, mucha sangre, muchos procesos y que sigue costando, pero que se ha ido abriendo paso en la cultura política contemporánea no sólo de las mujeres sino de pueblos y grupos diferentes.

El principio político de la diversidad consiste en valorar positivamente las diferencias como una ética de convivencia humana y ya se encuentra en la filosofía de los derechos humanos de la quinta generación. Eso quiere decir que quienes están comprometidas con la causa de las mujeres podemos encontrar un punto de coincidencia sobre este valor en personas que promueven los derechos humanos. En la actualidad por ejemplo, entre los pueblos indígenas politizados podemos encontrar la reivindicación de este valor político que ellos plantean incluso, como el derecho a la diversidad, también entre las personas homosexuales que reivindican su derecho a la diversidad sexual y en minorías políticas que reivindican sus derechos a una presencia política abierta. Es decir, bajo el principio de la diversidad las mujeres tenemos muchos interlocutores e interlocutoras.

Tratar de sintonizar a partir del principio de la diversidad es una clave política en la participación política abierta de las mujeres. Hay muchos y muchas aliadas con los que podemos realizar acciones, plataformas, agendas y avanzar conjuntamente. Pero entre nosotras el principio que debemos buscar es el valor positivo de la diversidad, no como lastre o como carga que todavía pesa mucho. Por ejemplo algunas que piensan que no tienen nada que hacer en una reunión de mujeres jóvenes, o de mujeres campesinas, porque ahí tienen otros intereses y otros valores; sin embargo podrían aprender mucho. Necesitamos reconocer la diversidad y aprender de ella, incluirla como parte del caudal y el capital político de las mujeres.

Ahora me quiero colocar en los movimientos sociales de las mujeres porque son espacios en los que toda la problemática que he mencionado se expresa de manera conflictiva. Está colocada ahí como conflicto que nos impide avanzar, como una batalla interna. Si entre nosotras no desarrollamos los principios de la diversidad, la tolerancia, el encuentro, la sintonía y el consenso mínimo, no podremos avanzar; y aquí quiero llamar la atención sobre un problema importante: en la actualidad actuamos en un terreno político que empieza a responder con agresividad al avance de las mujeres, en realidad siempre lo ha hecho, pero ahora ocurre de manera incrementada.

Por ejemplo, muchas personas que antes no sabían de qué se trataba la perspectiva de género, hoy lo saben y tienen discursos para oponerse a ella. Algunas personas que no están de acuerdo incluso la asumen, trabajan en ella y se vuelven expertas. Otras personas desde posiciones muy conservadoras atacan con argumentos actualizados a las mujeres, a los movimientos, a las causas y a las agendas. Por eso en el análisis político es necesario hacer un diagnóstico de esta situación. Ya no podemos darnos el lujo de discrepar hostilmente entre nosotras porque estamos siendo atacadas violentamente y somos objeto de una crítica social misógina muy fuerte. Entonces, necesitamos construir un frente común para reivindicar la legitimidad de la causa de las mujeres y no hacer gala de hostilidad entre nosotras.

Hacer pactos políticos y éticos en el movimiento

Necesitamos también un nuevo pacto de participación política entre las mujeres. Es otra clave de los liderazgos contemporáneos. Yo diría que podemos empezar a hacer llamados de pacto entre nosotras aprovechando el calendario y las fiestas de fin de año. Hacer muchos pactos políticos, por ejemplo, para que cada vez tengamos más mujeres en los movimientos sociales, para incrementar la fuerza numérica de los movimientos sociales, para sostener las organizaciones existentes, para que no se acaben los proyectos con perspectiva de género, para defenderlos con las uñas, para incrementar los recursos económicos destinados a la causa de las mujeres, para luchar porque en los próximos 20 años se destinen tantos millones de dólares a la causa de las mujeres en nuestro países. Es decir, tenemos que hacer un pacto concreto, planificado, político, económico, social y ético entre nosotras para dar un impulso distinto a la causa de las mujeres. Con esto quiero decir que no podemos suponer actos implícitos entre nosotras, que estamos juntas porque somos parte de algo, sino que tenemos que pactar cómo estamos ahí.

He procurado abordar al menos en parte, varios cuestionamientos que me formularon las compañeras al invitarme para estar con ustedes y seguramente tienen que ver con la situación que viven y que desconozco. Tengo preguntas abstractas pero refieren a cosas concretas. Ustedes le ponen sangre, sudor y lágrimas. Una pregunta se refiere a cómo es posible conjugar los intereses particulares con los intereses comunes, que es muy conflictivo y contradictorio poder hacer esa conjugación entre los intereses de un pequeño grupo y los de un movimiento, entre unas personas y otras personas en el movimiento de mujeres.

Pienso que conjugar los intereses particulares con los comunes es algo posible y tiene que ver con la ética. Cuando los intereses particulares forman parte de los intereses comunes no están fuera de la convergencia y las agendas políticas, pueden ser reconocidos como intereses que benefician a la colectividad, sea cual sea. El problema ocurre cuando se presentan como intereses colectivos otros intereses que en realidad no corresponden a esa colectividad, entonces se produce una contradicción grave. En la política sucede permanentemente porque hacer política produce capital político. En los liderazgos de mujeres, al actuar, participar y proponer estamos haciendo política porque intervenimos en las relaciones de poder. Hacer eso genera empoderamiento, un plus de poder, y quienes participan en la

política se benefician personalmente de la política. Eso no está mal, el problema es que en las mujeres hay una crítica doble al tema que viene por el lado de la crítica a los políticos tradicionales que se han beneficiado ellos sin beneficiar a las mayorías, o que se han beneficiado y además han aprovechado para abusar y hacer muchas cosas más. Parece que las mujeres estamos celosas de que nos sucedan este tipo de cosas pero a veces omitimos el hecho de que cualquier acción política empodera a quien la emprende o puede desempoderar a tal grado de producirle a alguien la cárcel, alguna situación desventajosa, o daño hasta la muerte.

La política es un espacio de poder que se pierde o se gana, pero actuar en política y avanzar empodera siempre a quien lo hace. La política puede ser un recurso de empoderamiento para las mujeres. Pero al mismo tiempo que queremos, no aceptamos que otras mujeres tengan poderes. Muchas mujeres se sienten celosas del poder que tienen otras, de su presencia; y eso ocurre en algunos movimientos sociales o políticos cuando las mujeres han sido sus fundadoras abriendo brecha en condiciones muy duras, empoderándose y adquiriendo estatus y prestigio político. Han adquirido reconocimiento en la voz. Tienen voz reconocida y a lo mejor han sido o son interlocutoras. Todos estos hechos forman su capital político, se suman para darles más poder.

Muchas mujeres pioneras en la política y en el movimiento de mujeres han actuado en espacios muy reducidos y cualquiera que ha estado en cautiverio convierte la prisión en su espacio. Por eso la medida mínima se vuelve la máxima. Y no es que se trate de mala voluntad, es que los espacios políticos para las mujeres son restringidos porque casi todos son masculinos o son patriarcales. Entonces, si volvemos a lo que hablamos ayer sobre la competencia tradicional de las mujeres y la lucha por pequeños espacios entenderemos que cuando se crea un espacio de emancipación las que lo fundan sienten que es su territorio, y en el movimiento de mujeres algunas no hemos alcanzado a aceptar esa relación de las fundadoras con el espacio.

Para desarticular ese conflicto es importante reconocerles positivamente su titularidad, el esfuerzo que han hecho y su contribución, aunque no estemos de acuerdo con cosas que hagan. Lo que importa es lo que hicieron y darles el reconocimiento como titulares puede disminuir su temor a perderlo. Por eso insistiré que los pactos entre las mujeres tienen que ser públicos y explícitos para que dejemos de pelear por cosas implícitas. Si finalmente las reconocemos como las titulares, las fundadoras y su legitimidad no están en peligro.

Promover el mentorazgo

Necesitamos impulsar algo que en el campo de la empresa se llama mentoring, que es la tutoría. En las empresas, que son espacios competitivos, de rivalidades y de vida o muerte, la transmisión del conocimiento se hace a través de varios mecanismos. Uno de ellos el mentoring. En la práctica se trata de que ciertas personas se vuelven tutoras de otras por lo menos en una parte del proceso transmitiéndoles sus experiencias y habilidades, y al hacerlo, les abren el espacio en vez de pelearse entre sí. Esto ha generado muchos avances interesantes en el

campo de la empresa de las mujeres y hoy es una de las metodologías estratégicas para fomentar el desarrollo económico de las empresarias que se asocian para lograr un esfuerzo económico, mujeres que hacen micro o mediana empresa. Resulta que en el mercado hay rivalidades tan grandes que las mujeres pelean por sus lugares y no pueden permitir que haya otra junto. Mientras tanto, los créditos se abren solamente para cuatro empresarias y los reconocimientos en el mundo empresarial son para dos. Eso quiere decir que los espacios son compartidos y las mujeres tienen que aprender a compartirlos.

En la política, donde tenemos una mayor tradición de participación, necesitamos otras fórmulas de participación política. He mencionado muchos aspectos pero ahora se agrega que establezcamos entre nosotras una especie de mentoring entre fundadoras o antecesoras y contemporáneas. Podríamos convertirlo en un mecanismo de filiación política entre mujeres; que cada fundadora o lideresa reconocida tuviera junto a ella durante un tiempo a otra que está aprendiendo, ingresando al espacio, al movimiento, al grupo, y que necesita reconocerla, darle legitimidad y además, aprender de ella. Es un mecanismo doble de legitimar a la que ya estaba y de transmisión de experiencia de la que llega.

En muchos sitios estamos tratando de hacer el mentoring en la política entre las mujeres y ha dado resultados muy buenos. La semana pasada nos juntaron a cuarenta mujeres fundadoras del movimiento feminista, de la ola de los 60, y a cuarenta jóvenes recién ingresadas al movimiento. Hubo una encerrona de una semana para poder hacer un mentoring colectivo, un intercambio de puntos de vista, un relato de las experiencias no competitivo ni como rivalidad, sino al revés. Y ahí cada una de nosotras escogimos a otra para vivir un proceso de enseñanza-aprendizaje durante un año. Un año para estar juntas en lo posible, de convivir, de comentar, de transmitir experiencias directas y no en el espacio político donde nos jugamos el pellejo, sino en un espacio donde estamos juntas, leemos cosas, vamos al cine. En diciembre nos reuniremos para hacer un primer encuentro dialógico, luego en marzo y durante todo el año 2000. Me parece maravilloso, yo estoy muy entusiasmada y puede ser formidable entre otras cosas, para legitimarnos unas a otras, para aprender. ¡Se imaginan qué voy a ir a aprender con la joven que me tocó! Para mí es un privilegio y una dicha de la vida. No es mi alumna. Somos mujeres feministas tratando de aprender una de la otra. Una que empezó hace más años y otra que va recién llegando a ese espacio. Entonces, el mentoring es una tutoría válida, legítima. Ambas aprenden, comparten y ojalá, hacen una relación entrañable. Además otra cosa, no tiene que haber afinidad política. Ese fue un requisito que pusimos para esta tutoría colectiva. Podemos ser mujeres de distintas opciones políticas y desde luego ya somos de edades, de generaciones diferentes.

Esto no es un invento, ha sido un proceso de organización de las mujeres jóvenes y nuestro. La convocatoria fue maravillosamente bien recibida y la idea es hacer esto en todo el país, en cada lugar del país. Queremos enseñarle al mundo que en el tránsito al 2000 tenemos una tradición de la que somos portadoras y nos hacemos cargo. Es una especie de ritual de relevo y simultaneidad porque no nos vamos a guardar. Aquí no hay jubilación más que cuando una quiera irse, pero que prenda la idea y como ahora tenemos redes, la onda es que si se hace en las capitales de los

estados que también se haga en los pueblos, los municipios y los barrios. Queremos que se instale en la conciencia política de las mujeres como un mecanismo positivo de encuentro, de transmisión, de discusión y de aprendizaje en los espacios tradicionales. Van a decir que estoy importando ideas exóticas mexicanas pero son ideas que están en el movimiento feminista de todo el mundo. Se están haciendo en muchas partes del mundo.

Volviendo a la idea de los intereses particulares con los intereses comunes esto del mentoring o la tutoría puede funcionar para que estos intereses encuentren explicación y acogida. Pero hay otros puntos, como el de la identificación positiva. Para que los intereses particulares puedan ser intereses comunes tenemos que asumir y reconocer la causa de la diversidad de las mujeres y la diversidad de sus agendas políticas. La agenda política de las mujeres indígenas no es igual a la de las mujeres universitarias. Tienen algunos puntos en común, pero no son las mismas. La agenda política para las niñas es diferente que para las viejas. Mientras creamos que todas tenemos la misma agenda política no podemos hacer de los intereses particulares intereses colectivos, comunes o compartidos, porque lo único que tenemos es un gran techo vacío de contenido. Necesitamos que cada quien despliegue su propia agenda. Entonces, la identificación positiva puede darse si reconocemos y desarrollamos agendas políticas específicas.

Aprender a poner límites

Insistiré todo el tiempo en que debemos reforzar la identificación positiva de género como un recurso político. No es una identificación nada más porque somos mujeres sino porque somos mujeres que aspiramos a todas las cosas que aspiramos. Y otro punto clave es aprender a poner límites en lo que llevamos a lo común. Muchas veces mezclamos asuntos privados con asuntos públicos reivindicando que para nosotras no hay una separación. Me parece que no la hay porque nosotras mismas sintetizamos todo el día y todo el tiempo una mezcla de lo público y lo privado, pero no debemos pretender que nuestros asuntos privados sean asuntos del común en los movimientos, las organizaciones y los espacios. Para eso tenemos que poner límites entre lo que es privado y lo que es político, porque hay quienes pretenden hacer pasar como asuntos comunes sus asuntos personales que no tienen mucho que ver con la causa. Además, debemos aprender a no mezclar los asuntos privados a la manera tradicional, superponiendo las reacciones de algunas mujeres, potenciando poderes inaccesibles y manejando a discreción reglas de poder no visibles, por ejemplo lo que se llaman liderazgos ocultos.

Existen varios tipos de liderazgo, formales e informales. Hay quienes tienen liderazgos reconocidos a los que llegan por mecanismo de voto o de elección; pero hay quien, mano por debajo, tiene un liderazgo más fuerte y lo está usando para entorpecer el desarrollo de otros liderazgos. Entonces, el interés privado de esa persona, ese grupo o esa institución está haciendo ruido y lastima la organización, el movimiento y el proceso.

Si hay una lideresa a la que eligen siempre porque es muy popular entre la tropa, a lo mejor tiene que retirarse un rato para que emerjan otros liderazgos pues su

presencia es automática, siempre la van a elegir. A lo mejor se queja y dice que ya no quiere, que son las bases las que la apoyan, pero resulta que la ausencia puede ser necesaria para que surjan otros liderazgos, para que otras se atrevan a hablar, para que no le tengan miedo a ser comparadas ni siquiera con aquella emblemática.

Quienes acumulan mucho poder necesitan distribuirlo o hacerse a un lado para que emerjan los liderazgos. Una ley del espacio es que no cabemos dos personas en un mismo espacio. Nuestro drama es que tenemos espacios muy reducidos; por eso, aprender a retirarse en ciertos momentos ayuda a descargar trabajo y sobre esfuerzo. Ayuda también a que otras personas ocupen el espacio y se desarrollen. Estoy convencida que debemos aprender a hacerlo. Si no, nos volvemos cacicas, y hay cacicazgos de mujeres imperdonables. Nosotras no queremos ese tipo de poderes. Una cosa es que reconozcamos a nuestras lideresas toda la vida y que permitan que otras las reemplacen y las sustituyan y otra cosa es que hay personas con una culpabilidad enorme que creen que se tienen que quitar del espacio que construyeron. No, eso es suyo. Tenemos que discernir cuál es nuestro espacio personal y cuál el espacio en el que deben haber relevos.

Con anterioridad planteé también el tema del abuso. Para que los intereses particulares no se monten sobre los intereses comunes debemos de procurar formas equitativas en la relación entre nosotras. El principio de equidad no es externo sino interno. Debe haber equidad como principio político y ético de relación entre nosotras las mujeres.

Otra clave es no usar derechos de cercanía sino derechos de ciudadanía. Por ejemplo, a veces en los liderazgos se favorece a alguna amiga. Eso es usar derechos de cercanía, amiguismo, madrinazgo o nepotismo. Una cosa es que necesitamos apoyarnos solidariamente unas a las otras y otra muy distinta, usar la cercanía en sustitución de la ciudadanía. Necesitamos hacer relaciones ciudadanas entre nosotras donde quiera que estemos, con reglas, normas, responsabilidades, deberes, derechos y objetivos. La clave consiste en dejar de manejarnos con confianzas íntimas, y aunque las tengamos, es muy importante poner reglas claras, lúcidas, transparentes y públicas para no sobrecargar la relación política entre las mujeres.

Para que los asuntos particulares sean comunes y para que lo aportado por cada liderazgo sea bienvenido es importante poner a favor de los intereses comunes la suma de relaciones que tenemos, la suma de poderes que tenemos. Las relaciones políticas son capital político y las mujeres necesitamos poner en juego nuestras relaciones políticas. Las que viven en un pueblo, con el cura del pueblo, con el director de la escuela. Todas las relaciones políticas personales pueden formar parte de un bagaje político colectivo, siempre y cuando se usen sin desmedro de la persona.

Distribuir con equidad recursos y poderes

Algo que no siempre se da en los liderazgos es la distribución equitativa de los recursos de la organización, del movimiento, de la cooperativa, de la empresa. En eso debemos ser extremadamente cuidadosas. Debemos procurar que la distribución

de los recursos y de las oportunidades sea equitativa. En la agenda política y pública de las mujeres está la creación de oportunidades, por lo tanto la agenda interna entre nosotras debe ser equitativa en la distribución de oportunidades. A veces resulta que sólo algunas son las que tienen ciertas oportunidades y otras no, que solamente algunas son las que viajan y las otras se quedan, unas son las que toman cursos y otras no. Todos esos recursos de que disponen los procesos que impulsamos las mujeres, tienen que ser digeridos y aprovechados individual y colectivamente con equidad. Esto podría ayudar a eliminar muchos resentimientos, muchos sentimientos de injusticia y desigualdad profundos entre las mujeres. También necesitamos distribuir equitativamente los poderes.

Para que los liderazgos particulares puedan ser comunes se debe asumir que existen liderazgos simbólicos que pueden permanecer, pero que en ellos solamente podemos aspirar a una permanencia simbólica, es decir, permanecer en la conciencia y en el recuerdo. Podemos ser líderes por nuestra autoridad pero no necesariamente ocupar posiciones políticas del liderazgo. En cambio las posiciones políticas de liderazgo necesitan ser limitadas en el tiempo y no permanecer. Existe una diferencia entre ejercer un liderazgo simbólico y ejercer un liderazgo práctico. En estos últimos tenemos que ser rotativas, alternativas, circular el espacio del liderazgo, eso no quiere decir de ninguna forma que perdamos connotaciones de autoridad, consecuencia o confianza.

Ahora bien, actualmente los liderazgos necesitan ser cada vez más especializados porque no podemos ser todólogas. Frecuentemente ocurre que las mujeres estamos en la red de violencia, en la de salud, en la de derechos humanos, en la de defensa de las lenguas indígenas, en la de defensa de los murciélagos que están en extinción en Centroamérica, en todas las redes, y además somos la encargada de no sé que en un partido político y en una ONG. Ahí lo que está pasando en realidad es una superposición de liderazgos, lo cual implica un sobre trabajo y una sobrecarga de vida.

Eso es parte de la llamada sobremodernidad, que es un estado de vida de algunas personas modernas que viven en exceso. Es otra categoría del antropólogo Marc Augé. Él dice que en la modernidad hay un abuso social sobre ciertas personas, y además hay un sobre empoderamiento de algunas personas. Si aplico el concepto de sobremodernidad al de género, diré que todas las mujeres que realizan doble jornada viven en la sobremodernidad. Viven extensivamente e intensivamente el tiempo.

Hay un sobre uso del tiempo porque se hacen actividades simultáneas: estás con el teléfono por acá, con el apunte por allá, y también consolando a alguien que se acaba de caer; o allá estás haciendo un informe, cargando un bebé y contestando un teléfono de emergencia porque el Mitch y pasó algo. Así es el asunto de las sobremodernas, sobre uso del tiempo; nosotras somos artistas en hacer cinco cosas a la vez, incluso es un desarrollo de capacidades intelectuales enormes. Si ustedes se fijan, cuando algunos señores están hablando y les pasan un papel, se callan porque no pueden hacer dos cosas al mismo tiempo, se equivocan. Nosotras, por la carga terrible que llevamos siempre, hemos aprendido a hacer sobre trabajo, sobre uso del tiempo, sobre uso del cuerpo. Algunas compañeras o nosotras mismas

hemos vivido o vivimos procesos en los que se superpone trabajo y también liderazgos. Entonces, necesitamos reconocer que eso nos daña, que ahora ya no somos tan pocas sino muchas, que queremos ser más pero no podemos si convocamos a un espacio que está ocupado. Necesitamos dejar de acumular liderazgos. Podríamos hacer una fiesta de año nuevo y decir con qué liderazgo me quedo, y elijo uno.

Liderazgos mínimos y habilidad de negociación

Entonces la clave es, liderazgos mínimos, especialización, profundidad en el trabajo y no trabajo extensivo, agobiante y enloquecedor como si anduvieras cargando una lápida. Las lideresas traemos cargando a todo el mundo a la causa de las mujeres. No, lo correcto es una responsabilidad o dos, un liderazgo... ¿Con cuál me quedo? Creo que así nos puede ir mejor.

La representatividad relativa al piso de participación es otro aspecto importante de los liderazgos. La relatividad en los liderazgos se relaciona con el espacio en que se participa y no con otro, muchas veces queremos trasladarnos a otros sitios y eso no ayuda.

¿Cómo se logra la construcción de sujetos particulares y al mismo tiempo de sujetos sociales?. Ese es un tema que he tratado todo el tiempo. Los sujetos sociales somos los grupos o categorías de la sociedad, por ejemplo, las mujeres; en otro nivel de análisis las colonas de una ciudad o un grupo de ciudadanas también pueden ser sujetos sociales. Simplemente reiteraré con esta pregunta que se trata de reconocer las características específicas para que emerjan los sujetos particulares y al mismo tiempo las características de semejanza para que podamos construir los sujetos sociales colectivos.

Tenemos que movernos todo el tiempo en tres dimensiones como sujetas: primero, la semejanza, hacer conciencia de la semejanza y hacer de ella un motor de la convergencia; segundo, reconocer las diferencias como diversidad, como bien común, y tercero, la especificidad, en este nivel diré que cada una de nosotras es única, eso es lo más específico. Tenemos que reconocer la especificidad, la personalidad de cada una, su unicidad. Es una única. Si aprendemos a relacionarnos así, aceptaremos que haya otras, reconoceremos a las demás, podremos convivir, compartir, pertenecer. Entonces, las claves son semejanza, diversidad y especificidad.

Siempre sobre el tema de los sujetos particulares y sociales; otra clave consiste en desarrollar la habilidad política de la negociación. Hay múltiples negociaciones, una de ellas es la que se da entre pares, otra la que se da entre dispares. Para negociar entre nosotras tenemos que establecer reglas porque estamos entre pares, pero cuando estamos en disparidad con otras compañeras las reglas deben ser democráticas.

Clara Coria, una gran psicóloga y feminista argentina, ha desarrollado una teoría a partir de investigaciones sobre negociaciones entre las mujeres y con los hombres. Les recomiendo leer su libro *"Las negociaciones nuestras de cada día"*. En ese libro

ella da una clave importante: que las mujeres como nosotras, las modernas, estamos sujetas a negociaciones muy importantes pero no sabemos negociar porque creemos que estamos en igualdad y suponemos que negociamos con pares cuando no es cierto. Eso nos pasa en las parejas, las familias, los partidos, los grupos. En todos lados, colocamos como pares a quienes no lo son; tienen mayor jerarquía o menor jerarquía que nosotras, tienen recursos o posibilidades. Entonces, el primer paso es colocar a cada quien en su lugar. Saber si estamos o no en igualdad y no suponerlo porque la realidad está jerarquizada para arriba o para abajo. Debemos entender qué posicionamiento de poder tenemos con los demás.

Coria dice que uno de los errores cometidos con frecuencia por las mujeres después de suponer que negociamos en paridad, es dar espacios para que la otra persona, el otro grupo, la otra institución, la otra agencia, decida. Nos comemos un paso de la negociación y, suponiendo que negociamos, le damos la voz a la otra parte para que nos diga cómo, porque hemos sido educadas en la cortesía de permitirle hablar primero a la otra persona. En realidad es por opresión, porque hemos sido colocadas en posición de no decidir y esto lo acompañamos muchas veces de ciertas formas de trato para que la otra persona nos diga lo que quiere. Y ocurre que cuando nos dice lo que quiere, no estamos de acuerdo, nos enojamos, ponemos resistencia, somos rebeldes, subversivas o furibundas; las más suavecitas, buenas y sedosas, al contrario, dicen “cómo tú quieras” o “lo que usted diga”. Entonces la clave de Clara Coria es que para poder negociar las mujeres tenemos que aprender primero a hacer una negociación interna, no comerse ese paso y tomar una decisión antes de llegar a ese encuentro. Antes de abrir la boca, sin preguntarles su opinión a los que están negociando, se hace un análisis y una toma la decisión. Esa es la ética de la libertad. Cuando yo, con todo el susto del mundo o sin él, tomo una decisión unilateral, decido lo que voy a hacer.

El segundo paso, una vez que negocié internamente conmigo misma, que decidí desde una ética de la preservación de mi persona, de mi cuidado, de mi organización, de mi movimiento, de mi causa, o del mundo entero; entonces, puedo colocar mi decisión como punto de partida dialógico, sólo como punto de partida dialógico. La decisión que pude tomar no es la última, porque entonces no estaría negociando, la pongo como base de la negociación, pero no me presento sin discurso, sin palabra. He tomado una decisión que podemos discutir y debemos preguntarle a la otra parte cuál es su decisión.

Tenemos que aprender a preguntarle a la gente de la misma forma en que nos preguntamos a nosotras mismas. Sin temor y sin prepotencia, las que están jerarquizadas arriba, y las que están jerarquizadas abajo, sin humildad y subordinación. Hay que construir un piso simbólico de paridad para negociar. Te reconoces negociadora y reconoces a la otra parte en la misma condición. Esa es la paridad. Es un mutuo reconocimiento, cada uno le confiere al otro el rango, la legitimidad.

Y un tercer paso, es desarrollar asertividad para poder negociar. Una vez que se conocen ambas propuestas y hemos visto dónde es posible avanzar; eso es: esto quiero o esto me parece así. También hay que aprender a ceder, pero después de este proceso y no antes, porque una negociación implica que las cosas no quedan idénticas. Es importante desarrollar la capacidad de negociación en las mujeres y

para eso debemos desarrollar también nuestra autoestima. Tener recursos, inteligencia y aprender a discernir internamente qué queremos. Saber comunicarlo, no mandar dobles mensajes, no ser ambiguas, sino muy claras con el lenguaje. Aprender a decir esto es lo que quiero.

Desarrollar capacidad política seductora, autonomía y pertenencia

Respetar las diferencias y desarrollar la capacidad política seductora son dos capacidades que igualmente debemos aprender. La seducción es fundamental para ejercer cualquier tipo de liderazgo y consiste en conducir al otro o la otra por el camino que yo quiero, las seductoras lo saben perfectamente. Es un arte de los liderazgos. En los liderazgos antidemocráticos, los grandes líderes han hecho un carisma de la seducción para conducir sin que la gente se dé cuenta a dónde, cómo, cuándo, para qué. Los liderazgos nuestros deben usar capacidades seductoras con conciencia, capacidad, honestidad y transparencia. Deben convocar con conocimiento de causa y mucho respeto a las personas, pero sin seducción no hay posibilidad de liderazgo.

Otro aspecto fundamental es el desarrollo de la autonomía personal. Sin autonomía personal los liderazgos estarán al garete de lo que quieran las organizaciones, lo que las personas obliguen, o lo que las circunstancias impongan. Hay algunas claves de comportamiento que son parte de la autonomía: no ser invasoras, no acaudillar, no pedir intromisión, no pedirle a otras personas que se entrometan en nuestros asuntos y tener juicios, opiniones, y propuestas políticas propias.

Otra clave que se relaciona con todas las demás es desarrollar la conciencia y los derechos de pertenencia, ya sea para los movimientos sociales, las instituciones o las organizaciones. Muchas veces excluimos a otras mujeres porque no llegaron hace 50 años al espacio, porque no son legítimas, porque no son fundadoras, porque son las recién llegadas, o porque no saben. Tenemos que hacer procesos de pertenencia. ¿Cómo se pertenece a un espacio?, ¿Quiénes lo forman?, ¿Cómo se entra a ese espacio? La cultura masculina ha creado fórmulas de selección, mecanismos de elección, rituales, fiestas y mitologías para poder recibir a alguien en un espacio. Las mujeres no tenemos límites. Aceptamos en espacios a personas que no concuerdan con nosotras y luego sufrimos porque no podemos convencerlas. Las aceptamos sin que estén de acuerdo en espacios que son de voluntad. Hay otros espacios de trabajo donde tenemos que aprender a convivir de manera armónica con personas que piensan diferente, pero en los espacios políticos que son contruidos para una voluntad necesitamos crear mecanismos de pertenencia y además reconocer la pertenencia de las personas.

Reconocer la autoridad es un aspecto que nos cuesta mucho por la rivalidad de género, por la enemistad de género y también porque en la cultura patriarcal aún no es legítimo que las mujeres tengamos autoridad. En los espacios políticos nosotras tenemos que construir la autoridad de las mujeres. Esta es una clave de Luisa Muraro, una feminista italiana muy importante, ella plantea que las mujeres tenemos que construir autoridad y dejar de temerle. Sin embargo, aquí hay que considerar dos aspectos: no confundir la autoridad con autoritarismo, con ser

autoritarias, y no pretender la autoridad autoritariamente, sino por méritos, autoridad meritoria. Cada reconocimiento de méritos produce autoridad y ésta consiste en el reconocimiento de ciertas habilidades y cualidades específicas de la persona, ciertos saberes y destrezas. A la persona o a un grupo les reconocemos su autoridad sobre una materia, para resolver un conflicto, para crear alternativas, para aclarar dudas.

Reconocer la autoridad meritoria y autorizarnos

Ese es el sentido de la política entre las mujeres. Necesitamos crear mayor autoridad en las mujeres y entre las mujeres. Es un doble movimiento. Eso quiere decir que permanentemente tenemos que reconocer la autoridad de otras mujeres en sus campos y en el nuestro. Y esa es una clave para eliminar la enemistad entre las mujeres sin sentirnos mal. Es una transformación de nuestra autoestima porque la autoestima patriarcal de las mujeres crece cada vez que otra decae. Tenemos que romper esa fórmula patriarcal y aprender a desarrollar nuestra autoestima cada vez que otra mujer es exitosa, que aprende algo, que logra objetivos o que desarrolla algo. Construir la autoridad de otras mujeres, y desde luego la propia, transforma mi autoestima. Quien construye su propia autoridad puede construir la autoridad de otras, pero para eso es necesario reconocer la propia autoridad. Esa es una tarea inmediata.

Una de las conciencias más importantes a desarrollar en las modernas es que somos creadoras de muchas cosas, muchas mujeres han sido creadora de instituciones, de proyectos, espacios, propuestas y eso no es conceptualizado como obra, entonces tenemos que hacer una lista. Para reconocer nuestra autoridad necesitamos saber qué sé, qué hago y qué he creado. Ese es un ejercicio que nos puede llenar de mucha alegría y fuerza, y darnos la sensación de que sí sabemos hacer cosas, de otra forma no podemos tener autoridad personal.

Vuelvo a Luisa Muraro para decir que otra clave es autorizarnos, que la autoridad sirva para algo, que pueda ser utilizada como un recurso político. Eso requiere que entre nosotras autoricemos a otras mujeres en lo que están haciendo, no solamente que las reconozcamos. Una mujer muy autorizada es Lili Caravantes, la representante de la OPS en Guatemala, es una de las mujeres a la que he visto construir su autoridad y lograr ser autorizada por mujeres de muy diversos lugares con una capacidad maravillosa, es médica odontóloga dedicada a la salud de las mujeres. Ustedes también conocen mujeres que han hecho autorización de su autoridad. Piensen en ellas y si son ustedes mismas, pónganse una palomita en grande, de color rojo. Pero ahora, como clave política de las mujeres es importante permear con autorización lo que hacemos, autorizarnos. Repito, tenemos que autorizar no sólo nuestras agendas sino nuestras acciones políticas, valorizarlas y rodearlas de prestigio.

Compartir un prontuario ético

Finalmente, quiero hacer un prontuario, una especie de estuche ético mínimo de las mujeres para que lo compartamos; con ello sintetizaría la reflexión que he



tratado de hacer sobre las claves feministas para la construcción de los liderazgos entrañables. No voy a repetir, pero lo voy a puntear. Para hacer liderazgos entrañables colectivos, personales, de procesos o de acciones concretas hay una serie de claves éticas, porque la ética define a la política. Esta, a su vez, tiene una serie de componentes y el primero de ellos es desarrollar la mismidad para promover y ampliar liderazgos entrañables.

- *La mismidad*

La mismidad viene de misma y se trata de desarrollar en cada mujer el yo misma. Vivir la vida no sólo desde las mujeres, sino desde yo misma. Implica también eliminar la regla de cortesía de la inferioridad y colocarnos como prioridad de nosotras mismas. Esa regla ética sería: yo soy mi prioridad. La mismidad es vivirme desde mí misma para mi desarrollo. Nosotras a veces utilizamos el término *crecimiento*, pero les propongo que más bien asumamos un concepto del paradigma del desarrollo humano, el concepto de desarrollo: vivo para mi desarrollo. El desarrollo es humano, no se trata de crecimiento porque una puede crecer sin desarrollarse. Nuestra idea es el desarrollo personal con sentido de derechos humanos, con sentido de ciudadanía. Cuando ya existe, debemos defender la mismidad y cuando no, apoyar el desarrollo de la mismidad en cada mujer se convierte en nuestra principal tarea.

- *La sororidad*

El segundo aspecto es el desarrollo de la sororidad, que es una forma específica de solidaridad entre las mujeres ciudadanas. Tiene como centro eliminar la misoginia entre nosotras. De ahí que el pacto sórico es el pacto para eliminar la misoginia. No quiere decir que nos debemos querer mucho, que tenemos que estar de acuerdo, o que seamos amigas, quiere decir que tenemos un pacto entre mujeres diferentes que nos respetamos y reconocemos, que entre nosotras no hay misoginia. Las italianas a esto le llaman *affidamento*, en español decimos *afidarse*. *Affidamento* viene de la palabra *fe*, con *fe*, y con este término ellas han planteado construir una confianza fundamental entre las mujeres. Algo que es básico para participar, para poder plantear un programa, un proyecto. Necesitamos *afidarnos* y crear una mínima confianza y luego máxima. Es parte de la sororidad. Seamos solidarias porque confiamos, porque hay pruebas de confianza. La sororidad es un pacto de ciudadanas entre mujeres que reconocemos el derecho de las otras a existir con un conjunto de derechos de las humanas y que estamos juntas para construir las condiciones de vida que nos permitan vivir con esos derechos. Ese es nuestro fin político.

- *La solidaridad*

Hay tres claves más. Una de ellas es la solidaridad con los señores como un pacto con hombres dispuestos. Solidaridad, ésta es una palabra básica que siempre la pensamos como solidaridad entre los pueblos, con personas damnificadas, con otras personas; pero, en esta filosofía política feminista es un pacto para intercambiar recursos, bienes, y apoyarnos mutuamente en el desarrollo. Es parte del pacto entre las mujeres, pero también del piso ético

en cualquier relación con los hombres. Es diferente de la perspectiva de género y la visión feminista, es a favor de hombres humanizados desde esta visión de las cosas. Entonces, el pacto solidario con los hombres es porque estamos a favor de desmontar oprobios en ellos y en nosotras, de intercambiar recursos, apoyos y sumarnos para hacer eso. Estoy convencida que si las mujeres modernas colocamos la solidaridad como un principio ético de relación con los hombres hasta podemos tener mejores amores. Con los hombres queremos una relación positiva de cooperación personal privada y pública. Este es un territorio estratégico, importante y vital para nosotras.

- *La igualdad*

La segunda clave es el centro más radical de la filosofía política feminista porque atiende a la desigualdad entre hombres y mujeres. Es la igualdad. En la construcción de un nuevo paradigma desde una perspectiva feminista la igualdad es el punto nodal. Desde hace siglos las feministas hemos luchado por la igualdad entre mujeres y hombres y viceversa. Algunas personas creen que cuando hablamos de igualdad pretendemos hacer las cosas que hacen los hombres, ocupar sus posiciones y ejercer sus poderes. No es así. Tal vez al final del siglo XX está más claro que en realidad nos proponemos construir una igualdad basada en las diferencias, y esa es la clave política de la igualdad para la cultura feminista. El principio de igualdad no es “volverse como” o asemejarse. Es la igualdad basada en el reconocimiento a la diversidad humana. Tampoco pretendemos que los hombres se feminicen aunque algunas interpretaciones ideológicas del tema, por ejemplo en los movimientos de hombres o las masculinidades, plantean la idea de recuperar para los hombres su dimensión femenina. Pero no pueden recuperar algo que no tienen. No es eso sino que tratamos que algunas formas de ser, algunos valores que encarnamos las mujeres o que encarnan los hombres se conviertan en universales. No es que los hombres se feminicen sino que asuman una ética de igualdad de la misma forma que nosotras nos masculinizamos para poder desarrollar poderes, habilidades y destrezas para la vida. En realidad queremos igualdad en la diversidad.

Entonces, la igualdad se basa en reconocer que mujeres y hombres somos parte de la misma especie, los seres vivos más semejantes, una especie indivisible. Ha sido la perversión opresiva la que ha construido las desigualdades entre nosotros. Ha sido la voluntad de ciertos grupos, fuerzas y procesos históricos la que ha expropiado a las mujeres de poderes y monopolizado poderes muy dañinos en los hombres. Con esa conciencia de que pertenecemos a una misma especie, de que la historia y la cultura –toda la historia humana– la hemos hecho las mujeres y los hombres y no sólo la han hecho los hombres, tenemos capacidades y podemos contribuir al desarrollo.

- *La equivalencia humana*

Pero también hay un reconocimiento que es ético y filosófico. Para algunas religiones el reconocimiento de la igualdad entre las mujeres y los hombres ha sido un punto de partida. Hay igualdad ética y moral como principio básico proveniente de un orden sagrado, en ese caso la igualdad también forma parte de

las creencias religiosas; sin embargo, en otras religiones o en las mismas, contrarrestan esta creencia con normas que aseguran la desigualdad. Algunas religiones consideran que las mujeres son seres inferiores, creadas después de los hombres, de otra naturaleza, de otra materia o carentes de algún elemento divino que no les insufló la suficiente humanidad. La propuesta contemporánea es una propuesta ética y laica que puede ser asumida por personas de diferentes creencias. Esta propuesta tiene el valor de que puede ser sentida, pensada y puede definir la vida de personas con creencias y culturas distintas. Es un principio ético, un supuesto, una afirmación que se denomina equivalencia humana y consiste en asignar a las mujeres y a los hombres el mismo valor humano.

- *La isonomía o igualdad en la norma*

Todas las personas valemos lo mismo que las otras personas sobre la tierra. Es un principio que ha estado en la cultura feminista desde hace tres siglos y que apenas hoy está en la cultura de los derechos humanos. Y voy a citar a mi maestra de toda la vida, Amelia Valcárcel, filósofa española, ella dice que la equivalencia moderna está basada en un principio también moderno de isonomía, que es la igualdad en la norma, en la ley. Aquí se juntan el concepto filosófico y ético de la equivalencia con la categoría de ciudadanía. La equivalencia no sólo tiene que ser enunciada, sino que debe fundarse en un principio de igualdad jurídica normada, de vigencia universal y en eso se basa la ciudadanía de las mujeres y la de los hombres. La igualdad como isonomía es la igualdad de tener derechos.

Y el primer derecho humano universal es el derecho a tener derechos, sin ése no existen los demás. La igualdad isonómica entre mujeres y hombres es el derecho por igual a tener derechos para la vida; luego podríamos hablar del conjunto de derechos humanos que nos planteamos como contenido fundante de la ciudadanía. El segundo derecho humano, fundamental para las mujeres y para los hombres, es el derecho a la vida. Después de éste podríamos enunciar un conjunto de derechos: vivir una vida sin miedo, una vida sin violencia, una vida en paz, el conjunto de derechos de la vida cotidiana que son derecho al techo, al alimento, a la educación, al trabajo, a la recreación, y desde el feminismo, el derecho al amor y todos los derechos sexuales y reproductivos.

- *El derecho a la propia vida*

El derecho a la vida tiene una característica particular para las mujeres y lo enunciamos como el derecho a la vida en primera persona. Construir este derecho ha implicado las luchas políticas más fuertes del género en este siglo. Voy a ampliar. Las mujeres no tenemos derecho a la vida en primera persona porque somos pensadas como dadoras de vida, y al ser dadoras de vida queda colocada en supremacía esa vida que generamos. Hay una jerarquía política entre las mujeres y los productos de la generación de las mujeres. Es una gran contradicción, y mientras no sea resuelta, las mujeres no podemos acceder al conjunto de derechos humanos específicos de las mujeres en consecuencia, la ciudadanía de las mujeres puede avanzar mucho en algunos aspectos pero no en lo fundamental. Construir nuestra humanidad pasa por ser importantes nosotras mismas y no como objetos envoltentes de otros seres, por lo tanto el

reconocimiento de esta gran contradicción demuestra la necesidad de reconocer también la igualdad como equivalencia, como isonomía, con la especificidad de cada género. Y sólo entonces podemos puntualizar una concepción más compleja de la ciudadanía moderna.

Otros componentes que van junto con la equivalencia para construir la igualdad, son la equidad, la equifonía y la equipotencia. Hay personas que confunden igualdad con equidad. La igualdad es un principio básico de humanidad fundado en la equivalencia, pero construirla es algo que no logramos aún. Todavía no hemos logrado construir la igualdad práctica, material y vital, entonces, ¿cómo arribamos a ella?.

- **La equidad**

La igualdad se consigue a través de la equidad, una metodología para construirla. Eso significa hacer movimientos políticos en las relaciones entre los géneros y lograr el empoderamiento y el poderío de las mujeres desde una perspectiva de género. Entonces, la equidad sería el conjunto de procesos para lograr el empoderamiento y el poderío de las mujeres, pero como la equidad es una relación, decimos que busca eliminar brechas de desigualdad. Dónde las mujeres por género estamos excluidas, implica la inclusión; dónde no accedemos a recursos, implica acceder por lo menos a los recursos que tienen los hombres. Es una relación comparativa entre los géneros. Eliminar las brechas es un recurso político de la equidad.

En relación al género masculino, como parte de los mecanismos de equidad, necesitamos disminuir los poderes de opresión de los hombres, la legitimidad de la supremacía masculina, bajar a los hombres de escalón jerárquico, bajarlos de las estatuas y los altares, ponerlos a ras del suelo como simples mortales y no como seres superdotados o superpoderosos. Eso se logra desmontando poderes de dominación de los hombres, pero lo que proponemos es complicado, conflictivo y difícil. Y no es asunto de que vamos a ganar. Por eso es importante que los hombres conozcan las ideas de la igualdad y la equidad, que se familiaricen con ellas y cambien sus mentalidades para que puedan contemplar la problemática política entre los géneros desde otra visión del mundo. Ahora bien, si la siguen contemplando desde sus enfoques tradicionales todo paso adelante que demos las mujeres será una pérdida para ellos. Toda desjerarquización también sería una pérdida, por eso hablaba de democratización con tendencias de horizontalidad.

Construir otras formas de participación política, de toma de decisiones en los asuntos colectivos y en el bien común eliminando jerarquías, es otra forma de participación política que se le ha llamado desempoderamiento patriarcal de los hombres. Significa eliminar sus poderes autoritarios, sus poderes de decidir unilateralmente, de monopolio de recursos, de exclusión. Esas son las razones por las cuales no les gusta este movimiento de equidad.

Necesitamos hacer políticas de equidad, donde no quiere decir que estén los hombres, ni que vengan a los talleres; quiere decir hacer una reforma democrática del estado con perspectiva de género, hacer políticas de equidad para reformar las iglesias, reformar las familias, las bases dispares de las parejas, reformarlo todo. La magnitud del asunto político en la relación con los hombres es interesante y

compleja. Se trata de eliminar poderes autoritarios pero a la vez, construir pisos de civilidad democrática para compartir recursos, oportunidades y derechos ciudadanos, entre mujeres y hombres.

La equidad tiene otro aspecto que llamamos acción afirmativa o acciones positivas, y consiste en que las mujeres reconozcamos que estamos en desigualdad y nos procuremos recursos, espacios y oportunidades unilateralmente, para colocarnos en espacios sociales, económicos, políticos y culturales importantes y para eliminar brechas con los hombres. Las políticas afirmativas eliminan desigualdades.

La equidad implica también el establecimiento de mecanismos justicieros con un profundo respeto a los derechos ciudadanos. Desde la perspectiva ética feminista, la justicia no implica venganza, no es una justicia vengativa. Lo quiero aclarar porque en los miedos culturales e ideológicos se piensa que las mujeres que logramos un poco de poder, nos vamos a vengar de los hombres y les vamos a hacer las mismas cosas que nos hacen a nosotras. En la ética feminista, la equidad pasa por una justicia democrática distinta. Pasa por hacer justicia hacia las mujeres que hemos estado muy faltas de ella en los procesos de vida.

La justicia feminista es reparadora y en todas las propuestas de trabajo con mujeres, en las acciones gubernamentales, en las acciones sociales de las ONG, nos dedicamos a reparar esos daños en las mujeres. Hacemos justicia y queremos que la sociedad también sea justa con las mujeres, que se haga cargo de evitarles daños. Para eso necesitamos un cambio democrático, para que la justicia de género sea justicia social, justicia familiar, interpersonal y sea justicia en el estado.

- *La equifonía*

La segunda equis es la equifonía, y quiere decir igualdad en la voz, lograr que las mujeres se expresen. No puede haber equifonía si de un lado hay discurso y del otro, mudez. Necesitamos que la voz de las mujeres se exprese como lo estamos haciendo ya, pero en igualdad con otras voces. Los hombres todavía son poseedores de los discursos que se escuchan y la voz de las mujeres apenas empieza a abrirse camino en los espacios. Por eso, construir la equifonía es un requisito de la ética feminista.

- *La equipotencia*

Y una equis mejor es la equipotencia. Lo que queremos es igualdad de poderes, pero de aquellos que ayer definí como poderío vital, el conjunto de poderes para la vida y el desarrollo, No queremos dominación, ni opresión, sino equipotencia.

- *La libertad*

El último, pero el principal punto en la ética feminista es la libertad. A veces en nuestras propuestas hablamos de la igualdad o la equidad pero dejamos de lado la libertad. Toda la historia de la causa de las mujeres ha estado marcada por su anhelo libertario y esa es una herencia a la que no podemos darnos el lujo de renunciar. Entonces como nos apetece la libertad, como la deseamos, toda la propuesta feminista se refiere a la construcción de un conjunto de libertades para

la vida. Sin libertad no puede haber igualdad, desarrollo, participación democrática ni conjunción de esfuerzos para lograr objetivos y a nosotras que hemos tenido como contenido patriarcal político la apropiación de la libertad, el avance de las mujeres nos significa el desarrollo de las libertades. La libertad es un concepto abstracto pero lo que queremos traducir en un conjunto de libertades concretas y puntuales que acompañen al conjunto de derechos humanos y de ciudadanía de las mujeres.

Esto quiere decir que cada derecho humano es el soporte de al menos, una libertad. Por eso hay una relación indisoluble entre derechos de las humanas y libertades de las mujeres, porque la libertad es el resultado de la experiencia de los derechos y un estado de vida posible, siempre y cuando tengamos los derechos, los recursos y los poderes. Las mujeres conquistamos libertades cada vez que eliminamos opresiones. A veces la libertad da frío, pero también da un placer enorme, sobre todo cuando hemos eliminado una opresión. Los recursos son libertad, por eso decimos que nos sentimos libres cuando podemos hacer algo porque tenemos los recursos. Lo mismo ocurre cuando tenemos el poder de hacer esto o aquello, de proponer, caminar o modificar. La libertad es, probablemente, la experiencia más anhelada de las mujeres y la más gozosa cuando la tenemos.

Para finalizar, quiero agradecer a todas su aguante por escucharme tres días. A veces pienso, escribo y hago cosas precisamente para que miremos al frente. No me interesa negar u ocultar nada, pero quiero desarrollar una visión positiva en nosotras. Apuesto por la sororidad cada día. Me parece que es la dimensión más importante del feminismo y que sin ella no vamos a poder avanzar mucho o el costo va a ser enorme, por eso nos esforzamos.

Me ha encantado estar aquí. Siempre me la paso bien. Agradezco la confianza que me tienen porque la hemos ido construyendo. Siento particular admiración por ustedes porque nunca estuve en la época del sandinismo. Sé las cosas que pasaban desde México en los grupos de apoyo y solidaridad. Todo ese proceso que desde allá se acompañó y vivió muy entrañablemente. Entonces, para mí Nicaragua era como una ausencia. Acompañé más la revolución cubana porque era más joven, estaba criando menos hijos y no atendía tantas historias y sindicatos. Me tocó verlas a ustedes inventarse algo, renovar la vida y reconstruir la historia desde una situación que si no era de pesimismo, entonces no sé que era. Su optimismo lo conozco por ahí y es una enorme capacidad de construir cosas, de inventar alternativas. Cuando mucha gente estaba llorando ustedes encontraron alternativas. Creo que eso es muy importante para abrir espacios y reconectarnos con algunas compañeras que no estuvieron. A lo mejor de alguno de estos talleres surge una iniciativa de acercamiento. Sería maravilloso.

En México, con estos talleres de acercamiento hemos encontrado a compañeras con las que no nos veíamos desde hace años y ahora estamos en una organización política que se llama "Diversas". Es nuestra organización política feminista, un orgullo, una emoción y un honor. Un día nos volvimos a dar un beso y estamos construyendo algo. Seguro a ustedes les va a pasar lo mismo. La política no es algo frío y desapasionado, tiene que ver con el amor y es una de sus expresiones más interesantes cuando acoge iniciativas colectivas. Si no di repuestas a muchas cosas es porque no las tengo. Digámonos hasta luego y muchas gracias.